

“SALVACIÓN O AMBICIÓN”

(Domingo 14 de diciembre de 2014)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)

(No. 573)



EL REY HERODES

***“Oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él”
(Mateo 2:3)***

Cuenta la historia de nuestro México que cuando Cristóbal Colón primero, y luego Hernán Cortés, llegaron a tierras americanas, sus subordinados hicieron el primer trueque comercial: Les cambiaron a los aborígenes su oro por espejitos de colores, por chatarra y un sinfín de cosas inservibles. Se cree que los indígenas hicieron ese cambio, a todas luces desleal, fraudulento, con dolo de estafa por su completa ignorancia del valor de las cosas. Por eso, hoy cuando alguien canjea algo valiosísimo por una baratija, se dice que cambia oro por espejos.

Quizá los nativos de América lo hicieron por ignorancia, pero hoy les quiero platicar de Herodes, un personaje del tiempo en que nuestro Señor Jesucristo nació en este mundo, que cambió oro por espejos; es decir, algo excelentísimo por cosas sin valor y no lo hizo por ignorancia, sino por una descomunal ambición.



HERODES EL GRANDE

A este Herodes le gustaba que le llamaran “El Grande”. Fue rey de Judea, del 37 al 4 a. C. Inmediatamente, al ascender al trono, mandó ejecutar a sesenta y ocho de los setenta judíos miembros del Sanedrín. Tuvo diez esposas y catorce hijos, pero asesinó a una de sus esposas y a las otras las desterró. Hizo estrangular a dos de sus hijos porque eran muy populares y eran un peligro para que él siguiera en el trono. Incluso cinco días antes de morir hizo matar a otro de sus hijos quien era el candidato más viable para sucederlo en el gobierno. Él es quien ordenó la masacre de miles de niños en Judea cuando nació el Señor Jesucristo en Belén.

Sin embargo, este Herodes, tuvo la oportunidad de aceptar en su corazón a Jesús, el Mesías, el Salvador, pues le tocó gobernar en

Judea en el tiempo exacto que el Redentor nació. Tuvo la ocasión más favorable de ser salvo y que todos sus pecados fueran perdonados.

Pero, Herodes endureció su corazón y en lugar de dar entrada en su vida al Salvador, tomó una actitud de rechazo y aversión. Él cambió oro por espejos, o mejor dicho, la salvación por ambición.

1. Herodes recibió el testimonio de los magos, pero no lo creyó. (Mateo 2:1-3).

La Palabra de Dios nos dice que del oriente vinieron unos magos con la novedad que buscaban al rey de los judíos recién nacido. Herodes se turbó, se azoró, se ofuscó, se desconcertó, pues él entendía que el rey de los judíos era él y nadie más.

Cabe agregar que estos magos no eran personajes del vulgo. La palabra magos no es una traducción sino una transliteración de la palabra griega *mágos*, que a su vez es la raíz de palabras como magistral y magisterio, vocablos que tienen que ver con la enseñanza y a la vez con la grandeza. Por eso, deben considerarse aquellos magos como hombres sabios.

Así que, Herodes tenía delante un testimonio de mucho peso. Él debió recibirlo. Pero en vez de creer las palabras de los magos, Herodes se turbó. Dio lugar a la duda, a la incredulidad, a la confusión en lugar de una fe sencilla y humilde. Tomó la noticia de aquellos sabios como algo tanto inesperado como inaceptable.

Muchas personas, aunque reciben un testimonio significativo, no lo aceptan. La Biblia nos cuenta de otro Herodes, llamado Agripa, en el tiempo del apóstol Pablo, que también escuchó el testimonio del misionero, pero no lo aceptó. Solo se limitó a decirle: “... **Por poco me persuades a ser cristiano**” (Hechos 26:28).



¿Será usted de las personas que no aceptan el testimonio acerca de Jesús?

Jesús nació en un establo del pueblito de Belén y fue acostado en un pesebre; y vino para dar su vida para pagar todos nuestros pecados, los suyos y los míos.

Unos humildes pastores cuidaban sus rebaños cuando se les apareció un ángel quien les dio este testimonio: “... **No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor**” (Lucas 2:10-11). Y aquellos hombres sí creyeron el testimonio que se les daba. ¿Lo creerá usted? Miles, millones de personas sí lo han aceptado y viven felices, con la seguridad de su salvación, del perdón de sus pecados y de la vida eterna.

2. Herodes recibió el testimonio de las Escrituras, pero no lo aceptó. (Mateo 2:4-6).

Sigue la narración bíblica diciéndonos que enseguida Herodes convocó a todos los sabios y entendidos en Las Escrituras. Llamó a todos los principales sacerdotes y a los escribas que había en Jerusalén y les preguntó dónde había de nacer el Mesías.



Y aquellos doctores de la ley le respondieron conforme a las profecías: “... **en Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta**” (2:5). Luego, ellos citan la primera parte de un versículo que se encuentra en el libro del profeta Miqueas, que dice: “**Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad**” (Miqueas 5:2).

Eso era más que suficiente para que Herodes creyera, para que aceptara que Dios en su perfecto plan de redención había dispuesto un Salvador quien nacería en Belén de Judea.

Herodes debió reconocer, puesto que no lo ignoraba, que el Señor había estado anunciando la llegada de su Hijo Amado a este mundo desde muchísimo tiempo atrás. Hay una abrumadora evidencia escrituraria que habla sobre el Mesías venidero, sin embargo, Herodes no la aceptó.

Que diferencia con los magos que creyeron la Palabra de Dios cuando los escribas dijeron que el Cristo había de nacer en Belén de Judea, de inmediato fueron para allá. Quizá jamás en su vida habían escuchado algo de las Santas Escrituras pero les bastó oír un pedazo, ni siquiera un versículo completo, para aceptarla.

Hoy, Dios le habla a través de su Palabra. Le dice que Jesús es el Salvador de todo ser humano. Vea lo que dice el evangelista Mateo cuando narra el nacimiento de nuestro Señor: **“Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21).**

Si usted cree en la Palabra de Dios y con sincero arrepentimiento acepta a Cristo Jesús en su corazón, usted tendrá el perdón absoluto y la vida eterna. ¡No deje pasar, como hizo Herodes, su valiosa oportunidad de ser salvo!

3. Herodes percibió el testimonio de Dios, pero no lo recibió. (Mateo 2:7-12).

El Padre Celestial dio testimonio con un evento celestial singular. Hizo que una estrella apareciera y que se moviera delante de los magos guiándoles, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño.

Ese fue un hecho sobrenatural, único, exclusivo del nacimiento de Jesús. Jamás se ha repetido, ni se volverá a repetir un evento así.

Todo esto de la estrella era sabido por Herodes, no lo ignoraba, pues dice el verso siete que indagó diligentemente con los magos el tiempo de la aparición del astro.

Además del testimonio de los hombres, además del testimonio de las Escrituras, Dios mismo le daba testimonio del nacimiento de su Hijo Unigénito, pero Herodes no lo recibió. A diferencia de los magos, pues ellos si creyeron en el Mesías. Dice la Biblia que cuando entraron en la casa donde estaba el niño, postrándose le adoraron y abriendo sus presentes le ofrecieron oro (regalo propio para un rey), incienso (regalo propio para un sacerdote) y mirra (regalo propio para una persona que ha muerto, pues con mirra amortajaban a los muertos).

Con estos regalos, los magos testifican que reconocieron a Jesús como su Glorioso Rey, como su Sumo Sacerdote y como su Poderoso Salvador.

Pero Herodes no lo hizo así. Él tenía sumamente endurecido su corazón. Me hace recordar a Faraón que nos relata el libro de Éxodo, quien aun viendo las señales de Dios por medio de las plagas y todavía siendo testigo de primera mano de las maravillas del Señor al abrir las aguas del Mar Rojo, todavía seguía necio en su corazón persiguiendo al pueblo de Israel hasta que pereció en medio del mar. Usted no sea como Faraón, o como Herodes, mejor reciba a Cristo en su corazón como lo hicieron los magos, aceptándole como Rey, Sacerdote y Salvador.

4. Herodes percibió el testimonio de su propio corazón y ese sí lo asumió. (Mateo 2:13-18).

Era más que evidente que el corazón de Herodes no estaba con el Mesías. No era cierto que él quería saber dónde estaba el niño para ir a adorarlo, lo que él deseaba era matarlo. Así se lo dijo en sueños el ángel a José: **“... porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo” (Mateo 2:13).**



Si hubiera sido cierto que anhelaba adorar al niño Jesús, ¿Por qué no fue con los magos para adorarlo junto con ellos? Herodes lo que intentaba era deshacerse de toda amenaza a su permanencia en el trono de Judea. Siguió el impulso visceral de su corazón. Por enojo, ordenó que mataran a todos los niños de Belén y sus alrededores.



Así, de la misma manera que Herodes, muchos hombres se equivocan porque siguen lo que les dicta su corazón, pero el corazón del hombre es malo. La Biblia dice: **“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9).**

Y es que el corazón de los hombres se llena de codicia, de avaricia, de ambición como el corazón de Herodes.

Nuestro Señor Jesucristo enseñó que precisamente del corazón del hombre salen todos los pecados: **“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Marcos 7:21-23).**

Amable lector, si su corazón ha experimentado cualquiera de estas cosas entonces está sucio, está contaminado. Usted debe saber que nada en este mundo puede lavarlo. Dice el profeta Jeremías: **“Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dijo Jehová el Señor” (Jeremías 2:22).**

Por eso, solo la sangre de Cristo puede limpiar perfecta y completamente su alma de todo pecado.

Para eso vino Cristo a nacer en un humilde establo en Belén de Judea, para lavar con su sangre todos nuestros pecados. Dice el apóstol Juan: **“... y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).** Otro versículo dice: **“y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5)**



¡Que el Señor le encamine a recibir a Cristo Jesús en su corazón y aceptar así esta salvación tan grande que el Dios de amor le ofrece gratuitamente! ¡Que así sea! ¡Amén!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL: “UN CORAZÓN CONTRITO Y HUMILLADO”

Guillermo Dawson refirió en cierta ocasión esta historia para ilustrar cuán humilde debe mostrarse el alma antes de que pueda hallar la paz. Dijo que en unos cultos de avivamiento, un jovencito que estaba acostumbrado a las peculiaridades de los metodistas, dijo a su madre al volver de uno de los cultos: —Madre, don Fulano de Tal está arrepentido y buscando la paz con Dios; pero no la encontrará esta noche. Y preguntó la madre: — ¿Por qué dices eso, hijo?

—Porque sólo tenía doblada una rodilla, madre; y no hallará la paz mientras no doble las dos.

Y en verdad, mientras la convicción de pecado no nos humille por completo, y hasta que perdamos toda confianza en nosotros mismos no podremos hallar al Salvador.

(Tomado de 500 Ilustraciones de Alfredo Lerín Hernández).

**“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”
(Salmo 51:17)**